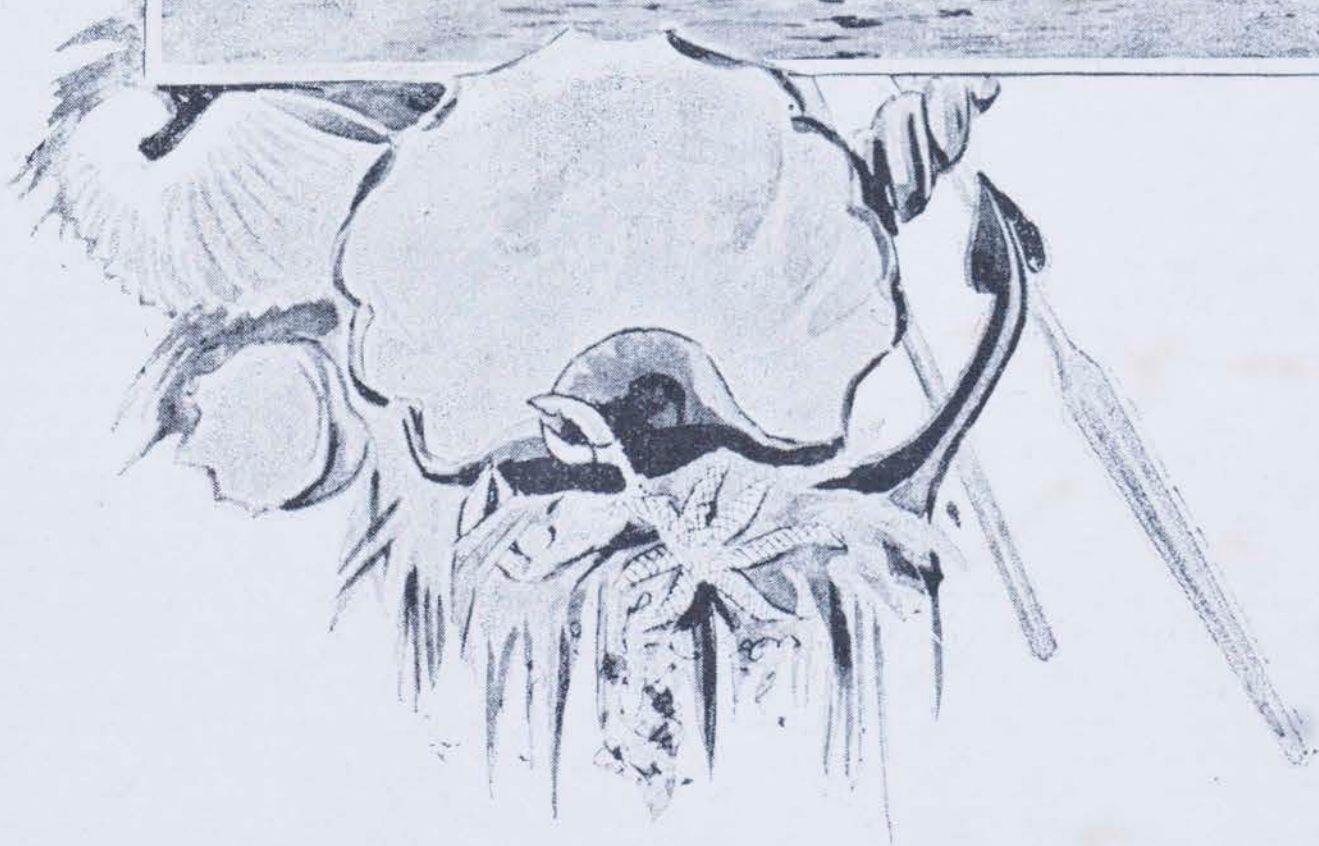
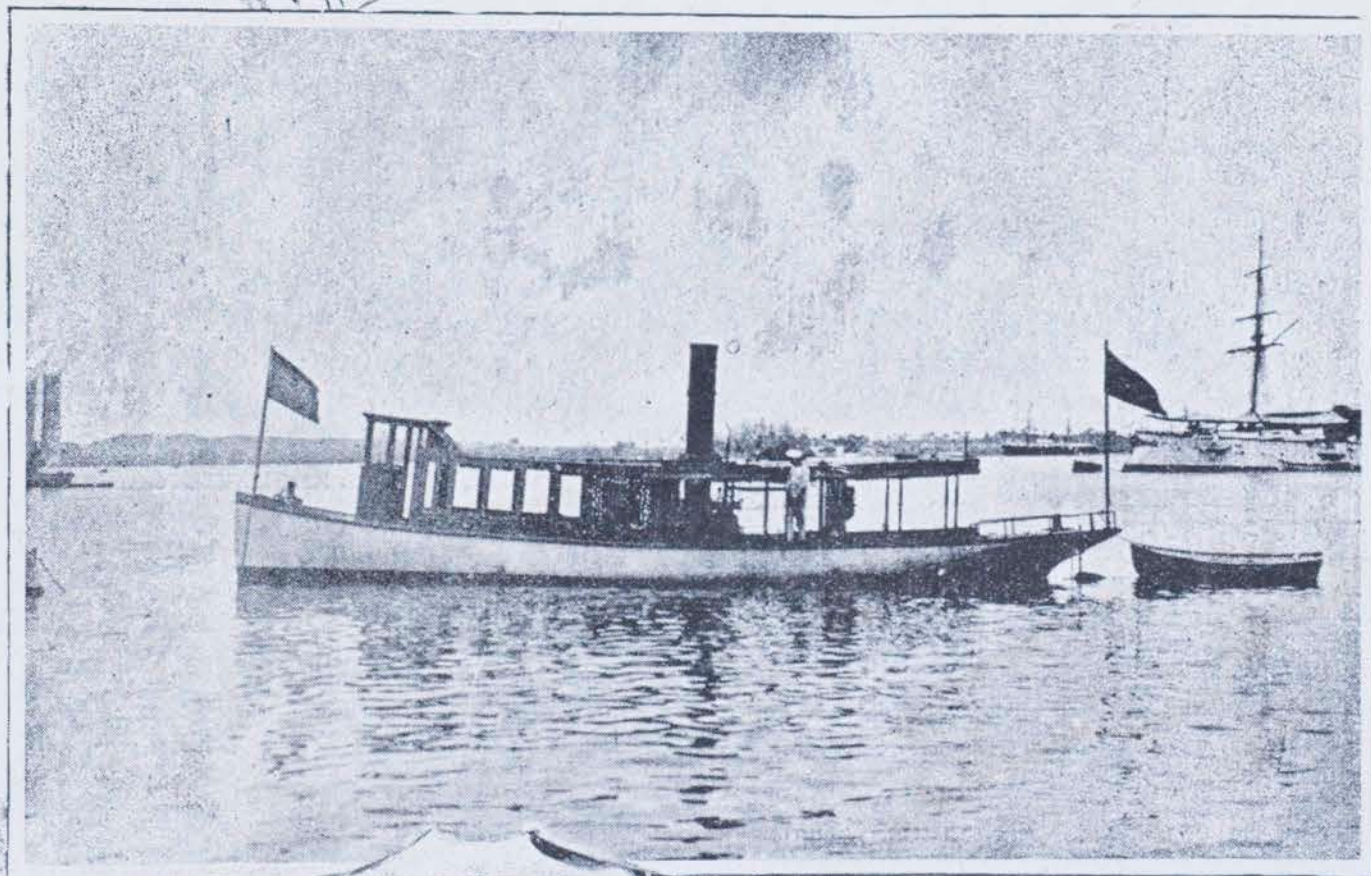
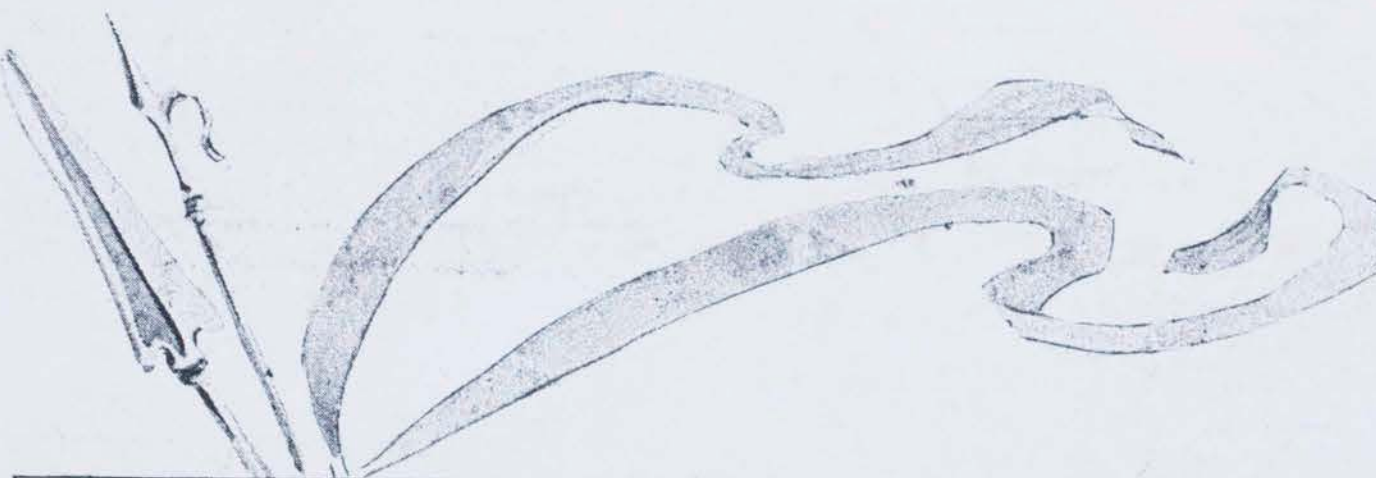




EL FÍGARO

Periódico Literario y Artístico

HEMEROTECA
RESERVA



En la Bahía

La lancha-cañonera regalada al Gobierno por el Excmo. Sr. Conde de la Mortera.

183

ra *crucifijo* de la población.
—Hasta ahora no he podido salvar más que una palmera y un *aspidistra*. Mi marido ha tenido la bondad de instalar en mi salón un invernadero. A pesar de todos

Esteban Stambuloff



¿QUÉ es un hombre de acción? ¿un verdadero hombre de acción? Una idea impulsada por un sentimiento. El hombre especulativo tiene demasiadas ideas, y las ve además bajo ángulos muy diversos. No se contenta con verlas por un lado, está acostumbrado á volverlas, para mirarlas por el revés. En esto, aunque muy interesante sin duda, gasta el tiempo que el otro, el hombre activo, emplea en ejecutar su designio. El espíritu de análisis es el gran paralizador de los músculos. Y el gran apagador de las emociones.

El que ve fijamente una idea y la ve por una sola faz, por la faz luminosa, se enciende por ella de pasión y va sin vacilar hacia ella. Por eso el mundo no es de los que analizan, sino de los que ejecutan. El mundo, es decir las acciones fecundas, los actos decisivos, el éxito.

El famoso dictador de Bulgaria, que murió hace pocos días apuñaleado como César, era un tipo de hombre de acción. Como otro dictador célebre, el tirano Francia, comenzó sus estudios, preparándose para las funciones eclesiásticas; pero el rumor de las armas lo despertó temprano, y de las aulas de la universidad de Odessa voló á Bulgaria, cuando la insurrección levantaba su cabeza en Bosnia y Herzegovina. Su primera tentativa culminó en un fracaso; pero ya la acción lo había arrebatado en su torbellino. Desde entonces no conoció mas el descanso. La idea magnética se había levantado en su horizonte mental, y ya su corazón se imánó para siempre. Esa idea fué la emancipación de Bulgaria, su patria. Por ella siguió, como soldado voluntario, los ejércitos rusos y peleó contra los turcos. Por ella desafió faz á faz y año tras año el poder de Rusia. Por ella probó todas las amarguras y saboreó todos los triunfos. Por ella se elevó entre aplausos y bendiciones; por ella ha caído execrado y admirado.

En sus oscuros comienzos de agitador demostró las mismas cualidades que le dieron preeminencia cuando dirigía sin contraste el gobierno de su país: la constancia infatigable, la decisión impertérrita, el arrojo en el momento decisivo. Desterrado en Bucharest, se presentaba solo en la redacción de un periódico ruso que había insultado á sus amigos, y castigaba al director, á pesar de encontrarlo rodeado de matamoros. Ministro en Sofía, cuando se libraba la gran batalla que decidió la suerte de Bulgaria, entre sus colegas que apremiaban al representante de Rusia, para

que detuviese con algunas palabras al ejército servio, al ejército invasor, al oír que el ruso demandaba como condición previa la abdicación del príncipe Alejandro, le contesta con voz de trueno:— «Y eso no lo hará, no, ni por veinte Rusias».

El coloso moscovita no lo asustaba. Lo veía interpuesto, con todo su enorme poder, cerrando el camino de la grandeza y de la libertad de su patria; y aprestaba tranquilamente la honda para medirse con él. Los que se iergen en los zancos de su pusilanimidad, que decoran con el pomposo nombre de prudencia, los que miden escrupulosamente las probabilidades, ganados de antemano á la admiración y al culto del vencedor, esos inflarán los carrillos para llamar insensato al pigmeo búlgaro. Los que saben que los éxitos más dignos son los que se amasan, no con la grandeza de los medios, sino con la grandeza de alma, lo han de considerar como un hombre ejemplar. ¿Habría nada más absurdo en la historia que la expedición de los mil de Garibaldi, si de ella no hubiera arrancado la revolución que ha dado su unidad á Italia? Es decir, ¿si no la hubiera coronado el éxito?

Stambuloff tenía puestos el corazón y el pensamiento en su único designio; á través de él y sólo á través de él veía al autócrata y su formidable imperio. Conversando cierta vez con un príncipe ruso, le dijo fríamente que la frontera natural de Bulgaria se extendía de Besarabia á Salónica.

—«Incluye otra región que V. no ha nombrado, le contestó el príncipe.

—«¿Cuál?

—«Siberia».

La visión de Siberia no atormentaba al enérgico patriota, que estaba familiarizado con la idea de la muerte. Durante años vivió en pleno poder y en pleno peligro. Gobernaba con pasión fría un pueblo de pasiones volcánicas, y su mano de hierro estaba acostumbrada á chocar con pechos de hierro. En su casa, modesta hasta la pobreza, en su despacho, sencillo hasta la desnudez, no había símbolos de grandeza, sino de riesgo. Detrás de su mesa de pino atestada de papeles y cartas geográficas, había un estante cargado de libros y legajos, y apoyado contra él un rifle de repetición. En el poder y en la desgracia vivió de cara al peligro, sabiendo que por donde quiera podía venir la muerte. El iba tras su idea, siempre luminosa en su horizonte; no le importaba caer en el camino.

Al fin cayó. Asaltado á traición, en una calle oscura, sin ruido ni combate. De él se ha dicho, en estos últimos tiempos, que vivía como un águila enjaulada. La suerte no le quiso conceder otro fin más digno de su temple y su osadía, la muerte del águila libre, fulminada por el rayo. No se podrán repetir por él los versos del poeta:

*Heureux qui pour la Gloire ou pour la Liberté,
Dans l'orgueil de la force et l'ivresse du rêve,
Meurt ainsi, d'une mort éblouissante et brève.*

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Enónima

Con labio casto y con mirada pura,
ven á cerrar mi dolorosa herida:
quien besa como tú, da la ventura;
quien mira como tú, reina en la vida!

La sombra del pesar y los enojos
ha ceñido á mis sienes el destino,
ha llenado de lágrimas mis ojos,
ha sembrado de espinas mi camino;
mas hoy mi pecho tras de ti se lanza,
y de la vida en la extensión vacía,
te persigue afanosa mi esperanza,
mi amor te busca y mi placer te ansia!

Lejo el pecho de tí, cuánto he sufrido;
que en este mundo miserable y necio,
he sido amante, y encontré el olvido,
he sido puro, y encontré el desprecio....

Por eso vengo á tí desengañado,
la mente helada, oscuro el pensamiento,
el alma herida, el pecho fatigado,
de paz ansioso y de virtud sediento....

Sólo tus ojos mi pesar destierran,
sólo tu boca adormecirme sabe:
¡dame luz, que mis párpados se cierran!
¡dame la dicha antes que el alma acabe!

Y viva el pecho á su amargura ajeno,
y aliente el alma en tu hermosura esclava,
mientras me ofrescas, amoroso el seno,
luz en tus ojos y en tu boca lava!

Julio, 95.

M. S. CARBALLO.

Nuestra Moda

La interrupción que ha sufrido el servicio regular de este precioso regalo que venimos haciendo á nuestros abonados hace un año, no obedece sino á causas puramente accidentales independientes de la voluntad de esta empresa, como ya hemos explicado en el número anterior, y que en nada perjudicarán á nuestros favorecedores.

Lejos de eso, podemos anticiparles la buena nueva de que sin reparar en sacrificios, estamos en trato con la Empresa de *Gran Moda* para mejorar aún más si cabe sus condiciones materiales, ofreciendo á nuestros abonados **Un bello número semanal** en vez de quincenal, de tan interesante revista, y de ese modo podrán las familias suscritas á EL FIGARO recibir con la mayor anticipación que sea posible, modelos elegantes de la verdadera *última moda* parisiense.

Nocturno

Del jardín, ella y yo, todas las noches
recorremos las sendas más secretas,
y, á su paso gentil, abren sus broches
temblando enamoradas las violetas.

Yo he visto que las fúlgidas estrellas
descendiendo del cielo entre la sombra,
grababan dulces besos en las huellas
de sus pequeños pies sobre la alfombra.

Hasta la leve y sollozante brisa
cuando le ruegan que un suspiro guarde,
copia la languidez de su sonrisa
más triste que el deliquio de la tarde.

Si en mi detiene su mirada pura
late mi pobre corazón opreso,
y mi alma se impregna de ternura
cuando de su mirada siente el beso.

Julio, 95.

B. BYRNE.

EPIGRAMA

Dividiendo la opinión
sublevó una guarnición
el brigadier Maldonado;
y por eso le han nombrado
general de *división*.

A. ANGELET.

LA COMEDIA POLITICA



ESDE que no se publican más noticias de la guerra que las comunicadas por el gobierno, circulan noticias para todos los gustos. Esto, según *El País*, crea un estado de ánimo como el que Sarcey ha descrito en su interesante libro *Le Siège de Paris*.

En la Habana no somos tan nerviosos como los parisienses; es verdad que tampoco estamos sitiados ni hay probabilidades de que lleguemos á comer carne de caballo.

Recuerdo que leí el libro de Sarcey hace muchos años, el 74 ó 75, yendo de viaje. Y también recuerdo esto que el autor cuenta: «Había individuos en París que acogían con mucha facilidad las noticias favorables al ejército francés. Cuando venían las rectificaciones, decían:

—¡Qué lástima! En fin, de todas suertes, hemos pasado un buen rato... *Cela fait toujours plaisir!*»

Aquí, los que fabrican versiones son los especuladores. Se dice que les sirven para producir alzas y bajas.

informe á la Sociedad de Higiene, en la que hay quienes saben todo lo necesario sobre esa materia.

Pero ¿qué se le ha de hacer? En la Sociedad de Higiene están los que saben, y en el ayuntamiento los que pueden.

Sospecho que cuando la actual «capa» de concejales desaparezca, la lloraremos.

Cuando se rebaje otra vez el censo y, más tarde, cuando tengamos el sufragio universal... ¿cómo serán las discusiones sobre la leche de vaca? ¿y en qué lengua? El castellano se mezclará con el carabalí en la proporción de uno á diez.

Y puede ser que, para entonces, ya no se hable del asunto Mora. Ahora, es muy comentado; y no sin motivo, porque presenta particularidades interesantes.

Los bienes de los Mora fueron á parar á manos de la Hacienda—á garras, sería mejor—¡asando! por el filtro de la administración.



EL GENERAL SANTOCHILES, RETRATADO POCOS DÍAS ANTES DE SU MUERTE, CON SU ESPOSA É HIJOS

Se dice; pero yo no lo creo, porque, durante la otra guerra, hemos visto subir el oro y bajar los valores cuando se recibían noticias tranquilizadoras. Y, cuando había noticias alarmantes, bajaba el oro y subían los valores.

Al general conde de Balmaseda le llamó la atención este fenómeno; y, no pudiendo explicárselo, desterró á un bolsista á Baracoa; con lo que el general se quedó sin la explicación y la Habana sin el bolsista.

Por donde se ve que en esta colonia, nunca hemos estado bien ni de economía política ni de política.

Ni de concejales. Algunos amantes del pasado, echan de menos aquellos regidores de antes de 1878; todos ricos, todos personajes, pero que nada hacían. La Habana estaba tan sucia como ahora.

Con el régimen constitucional vinieron los concejales de que hoy disfrutamos. Ya en el Ayuntamiento no hay personajes, aunque sí alguno que otro rico.

El otro día tuvieron una luminosa discusión sobre la leche de vaca. Se hubieran ahorrado ese trabajo si hubiesen pedido un

Ahora, hacen el viaje de regreso; pero, por la vía Madrid-Washington.

Los conservadores de España, cuando estaban en la oposición, se opusieron á que las Cortes votasen el pago. Ahora, en el poder, disponen que se pague sin la cooperación de las Cortes.

Se dice que á la familia Mora no llegarán ni 20 centavos. Los que se llenarán los bolsillos serán varios abogados, procuradores y usureros de los Estados Unidos.

De lo que Cuba va á pagar, nada se quedará en Cuba; perspectiva desconsoladora para los que ya estaban formando apuntes para pedir prestado á los Mora.

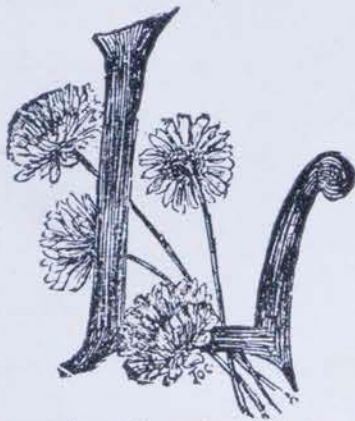
El gobierno de los Estados Unidos se ha acreditado de buen cobrador. Ha sabido elegir lo que Bismarck llamaría el «momento psicológico».

El señor Cánovas y sus partidarios han quedado bien. A los abogados y prestamistas de los Estados Unidos, que se pagarán, á costa de Cuba, *trips* á Europa; á esos afortunados mortales, los felicito muy cordialmente.

Nos han dado esta nueva fórmula de la doctrina de Monroe: el dinero de América para los americanos.

ANTONIO ESCOBAR.

Alma de artista



A luna blanca y tranquila arrojaba sobre la terraza la sombra de los tilos como pieles de tigre ó tapices locamente bordados, esmaltando con una línea de plata el perfil de los jarrones y tiestos sembrados de lilas ó dejando un girón de albuja en el dorso de alguna Diana de mármol medio oculta tras un macizo de rosas.

—¿Té, Raoul?, interrumpió Noemí cortando el diálogo de la vieja marquesa con el vizconde.

No, gracias, señorita; prefiero el cigarro.

Bien; pero no os marcharéis, ¿ois?, no os sabéis.....

Pero si os va á entristecer.....

Nada; no importa. ¿Verdad, mamá, que tú también quieres conocerla?

Pues bien; escuchad: y Raoul, arrojando el cigarro, arrancó dos ó tres flores de un búcaro de la China, yendo á sentarse junto á Noemí en un banco de piedra.

Vosotras, como casi todos los de esta comarca, conoceríais sin duda al pobre hombre que acaba de morir en el viejo castillo de Coussey y del cual se propalan tan estrafalarias leyendas. Yo que fui su amigo, podré referiros con certeza los últimos tiempos de su vida.

Julían de Coussey fué sobre todo un artista. Enamorado eterno de sus colores y pinceles, comenzó por copiar países, y todos los sotos ó los grupos de pinos y olmos de los alrededores se fijaban en sus lienzos llenos de transparencia y vida. Sus cielos y sus

y la boca sonríe á aquella caricia que se dilata reflejándose en los crespos rubios y enmarañados que se arremolinan en su cabeza; y el cuerpo del niño coloreado con ese tinte especial y transparente de las desnudeces muy tiernas y las carnes muy vírgenes, semejando entre aquellas florecitas blancas y lilas, una estatuita del candor infantil hallada por un escultor místico ó la creación de un gusto familiarizado con lo perfecto.

Jamás pude arrancar á mi joven amigo el permiso para exhibir su cuadro en un salón de París.—¿Para qué? me decía, sumiéndose en largas meditaciones, como investigando la causa de mi solicitud que no comprendía.....

Y desde esta época data ese período de su existencia, triste y misterioso, que tan hondamente impresionó á cuantos le trataban ó veían, dando después margen á tan extravagantes y diversos comentarios.....!

En sus paseos solitarios, en sus correrías de soñador hastiado por las cercanías del castillo, encontró varias veces de amazona á la Srta. Berta. Ya sabéis, la bella heredera del anciano conde vecino, esa mujer tan triste y tan linda que parecía escapada de un imperio de musas ó acosada sin cesar por la nostalgia del Buen Tiempo; y esto bastó para sumir aún más su alma en el sombrío mutismo en que se encerraba, engendrando en ella una de esas pasiones dulces y melancólicas pero intensas; tanto, que su cerebro débil y exaltado comenzó á sufrir, divagando á veces como el de un verdadero demente, y otras vibrando como una cuerda de cítara, según la sutileza adquirida en esos instantes por el exquisitismo de sensaciones que poseía.

Mira—me decía en sus raros momentos de expansión—siento algo extraño, algo que me atormenta sin que pueda definir lo que



TEATRO DE LA GUERRA.—Acémilas de Administración Militar, junto al río Bayamo.

frondas brillaban temblorosos, caldeados por el sol meridiano, con tal expresión, con tal verdad embellecidos, que llegaban á producir el delicioso enervamiento de las selvas en las horas de la siesta, cuando el gotear acompasado de una fuente diluyéndose en el rumor del bosque, os hace sentir algo que os aletarga con voluptuosidades soñolientas y enervamientos perezosos, sin que os sea posible sustraeros al influjo de la luz, del ambiente, de la naturaleza. Sí; todas esas languideces cálidas se disolvían en el colorido fastuoso de sus cuadros que, por raro capricho, amontonaban en los rincones de los gabinetes, no siendo admirados más que por unos cuantos amigos muy íntimos, ó por su hermana y un antiguo criado de la casa, únicos compañeros de aquellos destaralados y ruinosos salones.

Un día—hace tres años—cuando él tenía diez y nueve, me ofreció algo suyo. Tal vez te agrade, me dijo, porque tú eres bueno y me quieres mucho, estoy seguro; y fuése á manchar una tela que después me entregó turbado y nervioso, y escusándose como si cometiera una acción vituperable, balbució: perdóname; no debiera darte ésta; es sólo un ensayo, una pequeñez, pero como te quiero y tú.... No lo dejé concluir, abrazándolo estrechamente. Lo que él juzgaba una insignificancia, un croquis, era una plenitud exquisita, una maravilla en la que se veía, no ya al colorista y al dibujante vulgar, sino su alma creadora, grande, que había permanecido esbozada en los moldes del paisaje, manifestándose ahora en todas sus fuerzas, de una manera amplia y hermosa. Ah, sí! innegablemente el cuadro era muy bello, de una tonalidad suave y harmónica. Figuráos, á la hora en que el sol deja de tostar para repartir caricias, cuando dora suavemente las copas de los fresnos, á una chiquilla, una aldeanita que entre gozosa y sorprendida, con los pies descalzos sobre los guijarros como besándose, y un sombrerito de paja amarilla, ya roto, tambaleándose en sus rizos muy negros, descubre entre lirios y margaritas, el cuerpecito casi desnudo del pequeñuelo, del hermano á quien busca y sueña se embelesa en mirar con arrobamiento. El niño duerme y sueña con algo venturoso y dulce, como sueñan los niños; tal vez con una sonrisa de la virgen ó quizás con un mimo de la madre que ya murió. En su boca linda como un hechizo, deposita sus besos tibios un rayito de sol filtrado á través del bosque

es; algo que partecipa de la vaga y desesperante ansiedad producida por los alcoholos cuando se despierta tras una noche de embriaguez; ansiedad que parece temblar en todos mis nervios ditiéndose en todas mis venas y que ha de torturar eternamente á los eternos ebrios, esos espíritus que sucumben en la lucha, sin tener vigor ni aun para soportar la derrota, ó esas almas ansiosas de sustituir y engañar las desesperanzas que la vida les lega, con el visionario enjambre de sensaciones alucinadas que parecen palpar en todos esos agentes que, excitando el sistema nervioso, las transporta á cimas inconcebibles ó las sepulta en abismos desconocidos. Sí; yo siento ese efecto y á ratos experimento ansias de rasgar mis carnes con mis propias manos para arrojar lejos de mí el insupportable malestar que destrufa mi vida más, mucho más mi espíritu que mi cuerpo. Tú no lo sabes, tú no lo sabes, tú no lo sabes!..... Y repitiendo esa frase se alejaba de mí, to un nuevo pliegue de su alma. Una tenaz obsesión habíase aposentado en aquella inteligencia, no creyéndose apto para finalizar la obra que se había propuesto y cuya realización era ya una monomanía tan acentuada que hacía temer la desorganización total de aquel cerebro, para quien sólo el amor era el punto luminoso de toda una existencia.

Un único anhelo anidaba constantemente en su alma. El anhelo de aprisionar en la tela las facciones de Berta; aquel rostro doado de un colorido extrañamente blanco y de una pureza triste; pero nunca, nunca creía haber alcanzado el tono especial de aquella piel y desesperábase de su insuficiencia, presintiendo de una manera clara, que jamás llegaría á aquel fin tan amado como era amada su amazona, á aquella tan cabal posesión de su arte que le permitiera hallar, por sólo una vez, el secreto del color, ese ideal que afanoso perseguía.

Al ver en las paredes de su alcoba todos los lienzos que había esbozado y en todos los cuales perfilábase una Berta que lo miraba, con la mirada de sus ojos pardos y dulces; con una mirada en que se desvanecía toda la ternura que le inspiraba; y que sus pinceladas doblegándose flexibles habían sido sumisas al trazar los contornos, resistiéndose á dar á la frente y las mejillas el tinte que rebelde se escapaba siempre, enloqueciendo al artista con

su fuga, lloraba, lloraba desconsolado, ansiando consumirse, y viendo sin embargo como un rayo de sol poniente, como una caricia demasiado tarde para hacerlo revivir, la mirada de aquellos ojos profundamente entristecidos, que parecía desprenderse de los cuadros para filtrarse en su alma.

Muchas veces, cuando vagaba solicitando una impresión cualquiera que lograra distraerlo del obcecado pensamiento que lo encerraba, encontrábase á Berta y dirigíale, después del saludo, algunas flores que aspiraban de una manera incoherente á traducir los sentimientos que él hubiera podido ocultar, juzgando completamente inútil la confianza de lo que bastaba con insinuarse; y ella con sus diálogos de una candidez romántica narrábase sus aspiraciones nuevas, sus melancolías é historias de lágrimas, de lágrimas incomprensibles, pero que él se explicaba perfectamente, encontrándolas muy naturales. Después de estas entrevistas en que su fantasía divagaba por esferas que hasta entonces le eran desconocidas por completo encerrábase para recomenzar la eterna lucha que tantas amarguras le costara, y en que la decepción salía siempre victoriosa.

Jamás se había detenido á meditar en la imposibilidad de la unión de dos almas que él veía identificadas en absoluto, ocurriéndosele pensar en que Berta, mi visión real, tenía forzosamente que comprenderlo, no debiendo extraviarse en las sinuosidades de su espíritu.

Cuando ella comenzó á sentirse atacada de un mal, que en un principio no pudo conocerse y que degeneró en la tisis que la pos-

La tela que había intentado rasgar, gozándose en la destrucción de lo que había sido motivo aparente de su estado, pudo sustraerse y fué llevada á Roma, alcanzando un primer premio, siendo devuelta á la hermana del loco, la pobre hermana que aprendió á amar el lienzo como parte del ser de Julián.

Hace poco, muy poco tiempo, en uno de esos momentos lúcidos en que los vesánicos parecen reorganizar todas sus facultades intelectuales, como poseídos de un recuerdo clarividente que les muestra de golpe todas las fases de su anterior vida, de su vida de hombres, pidió, suplicó el enfermo, le mostrasen sus bocetos, porque él, no tenía dada, había sido pintor, amaba los colores y estos no podían engañarlo, y ya en presencia de aquel su último esfuerzo, frente á la Berta de las rosas blancas, lo reconstruyó todo. Sí; él amó á aquella mujer, á aquella muerta que pudo ver dormida para siempre, que jamás volvería á encontrar en sus paseos solitarios;... y lloró, lloró con tranquilidad, con la tristeza apacible y resignada que dan los pesares á los grandes corazones y que vino á constituir su postrer dolencia, si de aspecto menos cruel, más hipocóndrica é intensa.

Nunca llegó á experimentar el deleite reparador de su triunfo de artista, encontrándolo de tal modo amargado por la tristeza de su recuerdo, que lograba tan sólo abismarlo más en su escepticismo, en su afán de abandonarnos para hallar de nuevo á su Berta, y de aquí su negación pasiva pero resuelta á toda esperanza de goce cuando abstraído, á solas con sus desfallecimientos, pasábase horas frente al cuadro donde creía percibir un ligero estreme-



TEATRO DE LA GUERRA.—Poblado del Cristo (Santiago de Cuba) antes de ser incendiado por los insurrectos.

trara, comenzó también para el infeliz soñador un horrible martirio y una febril ansiedad de ver á su enferma, que lo dominaba hasta el extremo de hacerlo rondar en la alta noche sigiloso como un malhechor, los muros que encerraban á aquel único ser que lo había atraído fatal y poderosamente en su vida. Ya junto á la casa huía despavorido, temiendo saber lo que anhelaba, y que habían asestado un nuevo mazazo á su alma, sumiéndola aún más en la cima de sus agonías.

Después.....cuando ella murió ¿os acordáis? subyugado por una atracción irresistible, había logrado verla, toda cubierta de rosas blancas que se deshojaban en torno suyo como esfumándose en el colorido de su rostro, confundiendo con las rosas pálidas de sus manos que las acariciaban con la caricia de los muertos que han amado la vida en sus florecimientos; y extenuado, sin lágrimas y sin palabras, había vuelto á encerrarse sin admitir consuelos, pero con una sonrisa de triunfo resbalando por sus labios casi descoloridos; apareciendo luego feliz, para mostrar la tela en que ella, su Berta, aparecía entre rosas, bella, como era, con la exactitud del color, que los pinceles, sugestionados por su dolor inmenso, habían sabido darle; y mirándolo, mirándolo con la mirada impregnada de melancolías de sus ojos pardos y dulces.

Y las risas de mi pobre amigo, multiplicándose ya sin causa, pues había olvidado su triunfo, confirmaron lo que tanto habíamos temido, la demencia resueltamente franca del artista, la dolorosa contemplación de aquel cerebro poderoso, convertido en falange de ideas indecisas, de una fragilidad inexplicable.

cimiento de vida, como si la expresión que animara el semblante de su amada, huyendo fugitiva de la muerte, hubiese encarnado en la tela para palpar en aquel rostro maravillosamente ejecutado, y entonces vagaba por sus labios su habitual sonrisa de vencido indolente que aguarda su premio sin turbaciones ni violencias, en la certidumbre consoladora de que ha de llegar tras las bregas con lo humano....

Cómo murió, ya lo sabéis. En uno de esos éxtasis contemplativos, frente al retrato que hizo llevar al lecho, sonriendo..... Los que mueren de enfermedades análogas á la suya deben todos respirar así. Sintiendo rasgarse una á una las ligaduras misteriosas de la materia, sin que la más ligera contracción altere los músculos del rostro perturbando la dulzura difundida por la realización de ideas divisadas siempre desde lejos. Además allí estaba Berta, Berta que fijaba en él sus pupilas desde el lienzo, guiándolo con su mirada por aquellos senderos que empezaban á recorrer..... Más tarde; cuando los guijarros cayendo sobre el féretro me lo ocultaron, parecióme que toda la poesía de estas comarcas se hundía en la fosa y que algo de mi ser se perdía también con mi amigo en aquel crepúsculo argentado por las primeras estrellas que empezaban á surgir.....

Y Noemí inclinó la cabeza en el hombro de Raoul creyendo identificadas sus almas por el culto apasionado que ambos habían sentido por Julián; mientras la marquesa meditaba en el destino de aquel amor purificado por la castidad del sufrimiento.

De Santander á Santander



UINCE días de navegación, aunque se haga en el mejor de los vapores de la línea trasatlántica, aburren y estropean al viajero más intrépido. Pero si agregamos la circunstancia dos veces agravante de emprender la travesía con una familia numerosa, pueden calcularse las angustias de mi amigo D. Melquiades que iba á España acompañado de su esposa, de su suegra, dos cuñadas y una tribu de chiquillos, ópimo fruto de diez años de labor matrimonial.

Tales serían los trópicos del hombre al salir de la Habana para meter en el vapor su gente y su equipaje; tales á bordo en donde nunca llegó á multiplicarse lo bastante para atender al uno que lloraba, al otro que pedía y al de más allá que se mareaba, y tales fueron así mismo, al llegar á Santander, cuando jadeante, exasperado, sudoroso luchaba con los vistas, los baúles, las cuñadas, los chiquillos, la suegra y la mujer repuntada de jaqueca...

Me conmovió su triste situación y le ayudé cuanto pude hasta dejarle instalado en un hotel. Pero D. Melquiades tenía el instinto de la lucha. Napoleón batallaba con austriacos, con rusos y prusianos, y D. Melquiades con baúles. Los coches, las maletas, los trenes y vapores le causaban una embriaguez que él juzgaba deliciosa, la excitación intensa de los nervios irritados que á todo se acomodan menos al reposo.

En efecto, no quiso descansar en Santander y aquella misma tarde salía para Madrid. Al despedirse, me dió su dirección y quedé en hacerle una visita. Llegado apenas á la corte me diriji á su casa para cumplir lo prometido. Y aquí principia el relato del lance original objeto de estas líneas. Porque D. Melquiades salió de Santander, no con rumbo á Madrid como él creía, sino con rumbo á Santander, que es lo chistoso.

—Sali de Santander para ir á Santander—díjome apenas nos hubimos saludado y en tanto que dormía á tres de sus chiquillos, uno en cada pierna y el restante sobre el hombro.—¿Puede usted calcular lo que he sufrido!

—Sí, lo calculo; lo que no puedo es explicármelo.

—Nada más sencillo ni tampoco más absurdo. Ya sabe usted mi modo de viajar; á donde quiera que voy llevo mi casa y hasta ahora no he perdido ni un paquete ni he dejado un alfiler en el camino.... Ahí tiene usted el gato; vino con nosotros.

—Lo sabía.

—Y sin embargo, jamás he pasado más sudores ni un disgusto parecido al que me trajo este incidente.... ¿Salir de Santander para ir.... á Santander!

D. Melquiades cargó su racimo de chiquillos, entró en un cuarto, los dejó en la cama y vino con tres más para emprender la obra de dormirlos en la forma ya descrita.

—Pero vamos al cuento—dijo mientras acomodaba sus retoños.—Usted recordará que saqué mis boletas de pasaje? ¡Una docena!

—Lo recuerdo.

—¿Que nos dejó instalados en el carro?

—Y que el tren arrancó á la hora de costumbre.

—Pues el día siguiente almorzamos, comimos y dormimos en el mismo hotel del día anterior.... En Santander, amigo, en Santander.

—¿Don Melquiades!

—Lo que oye; el viaje de un cangrejo.... Hoy que lo cuento, la cosa me hace gracia, pero en aquel instante, se lo juro, me hubiera colgado de una seiba.

—Por fortuna no hay seibas en Europa....

—Pero, en cambio, hay un lugar, Venta de Baños, en donde hicimos parada á media noche; después me lo contaron porque, vamos, la familia, mis niños, mi mujer, mi suegra, mis cuñadas, todos reposábamos tranquilos, con el sueño de los justos... Despertamos á la aurora y ya empezó á chocarme la identidad de los paisajes y el aspecto de los montes que parecían gemelos de los que observamos por la tarde. Los caseríos, los paraderos, los lugares, hasta las caras de los jefes de estación se me antojaban vaciadas en moldes conocidos. Aquello era un prodigio. En fin, todo cuanto mis ojos abarcaban me sugería memorias muy recientes. ¿Me engañaba mi retina? ¿Había falta de claridad en mis ideas? A estas cavilaciones me entregaba, cuando ¡calcule usted mi asombro! vi de repente el mar.... ¡El mar en las Castillas, porque yo creía que estaba en una de ellas....

—Es el Cantábrico, la bahía de Santander—me interrumpió un viajero que tal vez no acertaba á explicarse mi ignorancia.

—¿El conductor, que venga el conductor!—grité desaforado.

Al verlo en mi presencia le pregunté en actitud de extrangularlo:

—¿Desde cuándo es Madrid puerto de mar?

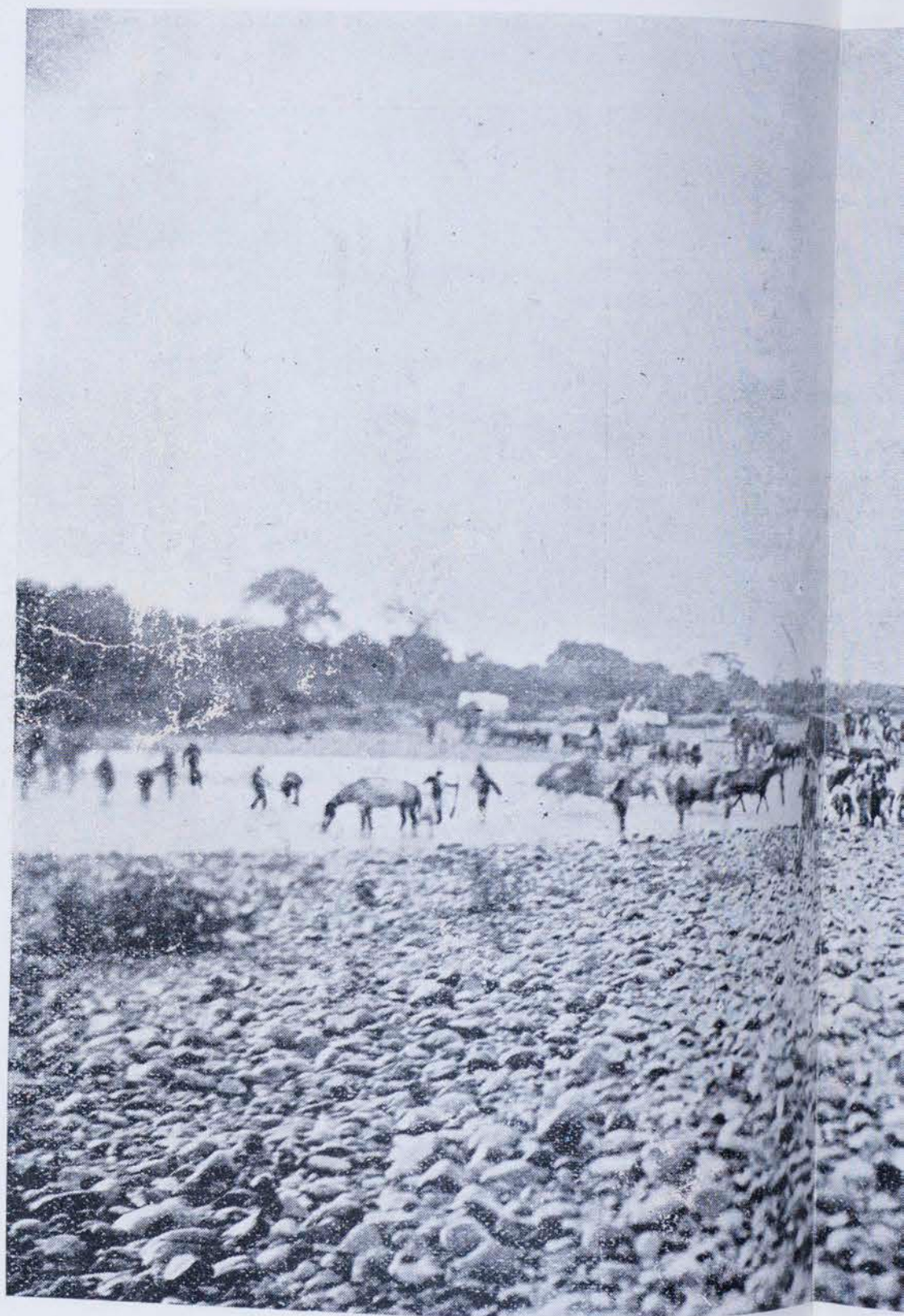
—¿Desde que los viajeros se duermen en los trenes.

Comprendí mi situación y me di cuenta exacta del percance. El carro en que yo iba cuando llegó á Venta de Baños fué enganchado á una máquina que regresaba á Santander. Y ahí tiene usted la explicación de lo ocurrido y por qué salí de Santander para ir....

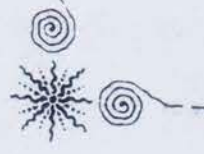
—A Santander.

NICOLÁS HEREDIA.

(Julio, 1895)



TEATRO DE LA GUERRA.—Paso del primer convoy de Mamanillo á B.

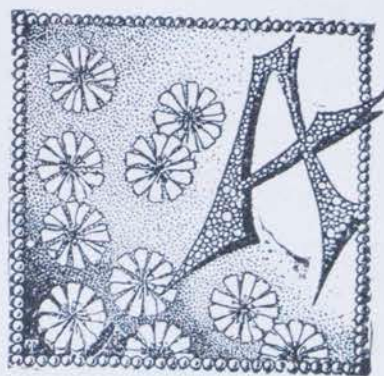


Nuestros regalos

HACEMOS presente á nuestros abonados que los magníficos regalos correspondientes al mes de Julio pasado se rifan por el sorteo de la lotería de esta Isla que ha de efectuarse el día 17 del actual.

No olviden los señores suscriptores que los recibos de suscripción de dicho mes llevan estampada la numeración para entrar en suerte; y tengan presente que los regalos de cada mes se rifan por el 2º sorteo del mes siguiente, dando así tiempo para que puedan hacer sus abonos antes del sorteo y no queden, por consiguiente, sin entrar en suerte, los suscriptores que residan en lugares distantes de la capital.

LOS MENDIGOS DE MADRID



L paso que lleva la institución—que por lo visto es paso de buena caballería—el mejor día nos encontramos con todos los moradores de la heroica villa *ejerciendo* de mendigos apócrifos.

Porque ¡cuidado que no es poca numerosa la fulanje!

Recuerdo que cuando llegué á Madrid, con *mi España* de cosmorama en la cabeza, sentí unos grandes deseos de echarme á llorar. Entonces tenía yo—aunque ustedes no lo



convoy de Manillo á Bayamo por la barranca de Luz, en el río Bayamo.

crean—un gran corazón, un corazón de *oro sensible*. Pero me lo convirtieron en piedra berroqueña los amigos ingratos... y los mendigos.

Apenas me estrechaba la mano cualquier sujeto me volvía yo loco de placer; y en cuanto alargaba la saya un haraposito la mía dudaba, siempre alerta, para entregarle la limosna.

—*Pobrecito*—exclamaba yo—este anciano pálido, cubierto de canas... y de andrajos, debe ser algún infeliz periodista venido á menos. Le daré una peseta.

Y luego resultaba que ni aquel era anciano, ni periodista; ni aquellas canas legítimas; sino un legítimo peluquín adquirido por aquel *ilustre pillo*, con el cual peluquín se la pasaba engañando á la humanidad.

Se encuentran, por ejemplo, en la calle de Alcalá y en crudí-

simas noches de invierno unos supuestos padres de familia llevando al hombro ó de la mano, un racimo de muchachos pocos menos que en cueros; pero en cueros de tal modo que le entran á uno ganas de quitarse la capa y arroparlos. Aquellos padres, sollozando, con los ojos llenos de lágrimas, con la voz entrecortada piden *para sus hijos* desnudos. Y ¿qué hace usted?... Claro, hombre, entrega lo que tiene.

Pero ya á mí *no me la dan*. Estoy en el *secreto*: sé que esos chicos son «alquilados» por dos reales y que las verdaderas madres, que son verdaderos monstruos á quienes les importa un comino que las infelices criaturas pillen una pulmonía, viven de tan ignominioso alquiler. Sé también que hay otras madres, menos malas, que los prestan para cuestiones de herencia; y *finalmente* sé de otras que los venden y de muchas que los roban.

Se compra un niño, *antes*, ó después de nacer, como se compra un ducado.

—Si la que va á nacer es hembra—dicen las medianeras del negocio—le damos á usted veinticinco pesetas.

—Veinticinco pesetas!—exclama la futura madre vacilando. —Quiere usted darme treinta y tres?

—Bueno; treinta y tres; y si es varón cincuenticinco.

Cincuenticinco pesetas sobre poco más ó menos vale en Madrid un niño, que viene á ser el anzuelo para alcanzar la herencia de un marido rico sin hijos; del mismo modo que importaba quinientas pesetas, pongo por caso, un marquesado para darse pisto de aristócrata.

Esta última Agencia la descubrió el conde Xiquena y la denunció al Congreso. La Agencia de niños (venta y compra) nadie sabe donde se refugia, á pesar de *las diligencias* de la autoridad.

Volviendo á los mendigos, dijérase que es el cuento de nunca acabar.

A unos que se mueren les encuentran, entre los colchones ó metidos en las fajas, puñados de billetes ó de onzas—monedas que han desaparecido de España ha mucho tiempo.—Y otros se retiran á *su hotel*, que han construido á la chita callando, mientras ostentaban por esas calles unas piernas hinchadas como jamonés americanos.

Sale usted distraído de un café, tirareando alguna aria *melancólica*, y de súbito se le encara un facineroso:

—Pero hombre, ¿no ve usted que le estoy pidiendo una limosna?

—No lo había *oído*.

—Pues para otra vez entérese; y ahora déme usted *eso*.

—Eso es lo que no tengo. Dios le ampare—termina uno, disponiéndose á seguir su camino.

Pero es lo suficiente para que le cojan del brazo bruscamente.

—¿No tiene usted? —Dice usted que no tiene y le acabo de ver por los cristales de ese café tomándose un chocolate!

—Bueno y qué? no me da la gana; no tengo.

—Lo que no tiene usted es vergüenza.

Y al que se descuide le pegan.

Vaya que si le pegan!

Un *manco* le dió una bofetada á un camarero de la cervecería porque éste no le dió los terrones de azúcar que había dejado de sobra un parroquiano.

Y á un *cojo* lo he visto yo correr detrás del coche de Sidi Bri-sha, cuando decían que este Embajador de Marruecos regalaba billetes de Banco á su séquito de *golfos*.

A casa llegó á pedir ropa usada un pobre señor que gastaba mujer, suegra, hijos y cuñadas casaderas; y todos nos apresuramos á darle pantalones, levitas, chalecos, etc; toda una apreciable indumentaria. A poco vino la criada muy escandalizada.

—Pero han visto ustedes qué *tío*? Acaba de empeñar la ropa ahí enfrente y ya está en el café convidando á unos amigos.

Cualquiera es caritativo presenciando estas cosas, y sobre todo siendo víctima de ellos, como le ocurrió á un sujeto muy conocido la noche que *reinauguraron* la Cibeles.

La gente se aglomeró como de costumbre alrededor de un hombre herido.

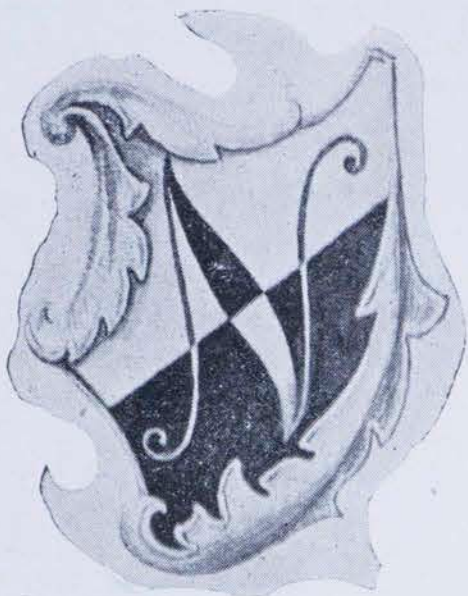
—¿Qué le pasa á usted?—preguntaban todos á una voz.—¿Quién le rompió á usted esa hilera de dientes; algún carlista; algún moro; algún cubano insurrecto? Avise usted si es un insurrecto para que lo fusilen en la Plaza de Oriente... y *luego* lo lleven á presidio.

—No, señor, contesta el *interfecto*—como diría el señor Cánovas—el agresor no es un filibustero, *fué un ciego*, que me largó un garrotazo porque no quise darle una limosna.

Y semejante á ésta es la historia de casi todos los ciegos, sordos, mudos, cojos, mancos y demás individuos que pertenecen á la raza de mendigos de Madrid.

EL AMERICANO.

Racha de exposiciones



O se quejarán los artistas «inspirados» ni los aficionados «fanáticos»...

—Para exposiciones Madrid! —que diría uno de provincia.

Las últimas harán época; porque las tenemos de todas clases y en abundancia asombrosa.

Exposiciones de puestos de agua con sus respectivas camareras en el salón del Prado, exposiciones de muñequerías y antiguallas en Recoletos y exposiciones de formas opulentas *por mor* de los vaporosos trajes de verano sin contar con el enjambre de niñas casaderas y de pollos serpentinos que se exhiben todo el año en la nunca bien ponderada, desempedrada y estropeada calle de Alcalá.

—Y aquel *torbellino* de montañas rojas en el fondo ¿son los Pirineos?

—Las olas, hombre, las olas que están *ardiendo*.

Claro! Como el cuadro todo está que arde y por eso de fijo lo premiaron.

En cambio el magnífico y brioso trabajo de Gonzalo de Bilbao, *La Siega en Andalucía*, se echó ó lo echaron á un lado, y esto dá lugar á protestas con banquetes de á veinte reales el cubierto y puros de á dos; discursos castelarineros y escarceos humorísticos en los periódicos que se enfurecen ó fingen que se enfurecen por la injusticia cometida.

Hasta este punto todo iba bien; pero ahora resulta que no son únicamente los indignados los admiradores de Bilbao, sino otros pintores que se creen también eminencias y han formado un Congreso de «ofendidos» para banquetearse y repartirse las menciones honoríficas que, á su juicio, debieron dárselos.

Pero lo que dirá el jurado:



TEATRO DE LA GUERRA—Llegada de la guerrilla del Capitán Piñé á Baire.

Pero la mejor y más discutida, la que todavía está dando juego, es la gran exposición de pinturas y esculturas, en donde el despilfarro de colores y de mármoles ha sido verdaderamente atroz.

Y no se me diga que este es un grito de censura con pretensiones de crítica implacable; porque antes que yo lo demostraron plumas más autorizadas y lo confirmó el jurado, repartiendo medallas á diestro y siniestro sin saber lo que se hacía y aturdido, quizás, por aquellos cuadros abrumadores. Dígalos *si nó* el «fuego abordo», un trabajo espeluznante donde las mujeres parecen focas hinchadas y los hombres monos paralíticos.

Si me dijeran que el pintor se había vuelto loco á raíz de aquel desbordamiento *artístico*, no me extrañaría.

—Aquello que se ve en el medio del buque—pregunta uno—¿sabe usted qué significa?

—La chimenea—nos contestan.

—¿La chimenea? Pues parece una columna mingitoria como las que están colocando en la Puerta del Sol.

—Ahí me las den todas.

Después de todo esos «genios» decepcionados pueden consolarse recordando que hubo un tal Velázquez que no alcanzó los zarandajos que ahora se usan y sin embargo pintaba maravillosamente.

Los «amedallados», por de pronto, andan por ahí dándose pisto de Murillos en ciernes.

—¿Qué duque caprichoso será ése—piensa el transeúnte—que acaba de pasar con melena ensortijada y sombrero «frégoli».

—Cá! —responde cualquiera al oído del admirado preguntón. Eso no es un duque: es «una segunda medalla» que pregona con todo su ser su triunfo inesperado.

Los inaguantables, ó más propiamente hablando, los de la nueva escuela pertenecen al número de los seres inaguantables. Para ellos no hay, en punto á dibujos, como su «escuela»: una escuela independiente que no tiene semejanza.

Y hay que darles la razón, porque aquello ni siquiera revela sentido común.... Así dibujan los chicos de escuela y así, re-

cuerdo yo, que ponía de rojo y azul á mis pobres maestros en las cubiertas de los libros. Con un rápido movimiento del compás resultaba una limpia y hermosísima esfera: la cara; en el centro dos puntos: los ojos; una raya á regla, la nariz; y dos horizontales la boca; luego un triángulo: era el busto; y por último las piernas correctísimas también á regla limpia.

Pues *eso*; eso sobre poco más ó menos hacen los dibujantes de la escuela «desconocida»; pintan, además, el mar amarillo, el cielo verde y la tierra azul.

Instrumentistas en pintura, como si dijéramos.

Y no hay quien les haga creer que todo eso, aunque lleve la firma de un Bonnat, infunde pensamientos horribles y pavorosos.

Si la naturaleza fuese como ellos *la inventan*, habría que salir huyendo.

Diríase que la humanidad y con la humanidad, el cielo, el mar y la tierra fecundada, les han hecho algún daño á esos señores.

De bracet con los pintores extravagantes se presentan hoy los «modernistas», que antes de servir al arte sirven «á su modo» al fin del siglo ofreciendo á los ojos del público asombrado escenas que mueven á risa.

Y pare Vd. de contar, porque la tal Exposición es un desbarajuste mayor que aquella otra que nos ofrecieron el año pasado en París los «independientes» del Campo de Marte. Si aquella fué horrible, ésta ha sido espantosa, con excepción hecha de una docena de cuadros buenos (no se niega) pero que *tampoco* son cosa del otro jueves.

Madrid: Julio de 1895.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Album femenino

Sean estas líneas el homenaje debido á la belleza y la simpatía de una distinguida damita cuya imagen, impresa en esta página, bastaría para dejar definidos el elogio de la pluma y la alabanza de los labios.

Ella es la señorita Concepción Luque Maraver. Joven, muy joven—apenas dieciséis años—es uno de los encantos de Santa Clara, de la hermosa provincia villareña.

Todo lo reúne graciosamente la linda madrileña de tez trigueña, mirada viva, clara inteligencia y discreción exquisita.

Para colmo de sus galas la espiritual *Conchilla* acaba de obtener el grado de Bachiller con la siempre anhelada y siempre honrosa nota de *Sobresaliente*. Epílogo brillante de una serie de lauros académicos que han puesto de relieve—destinándola á una merecida admiración—las dotes de inteligencia, virtud y aplicación de la joven señorita.

Pálidas y débiles serían todas mis frases en honor de *Conchilla* Luque. Porque nada más difícil para una pluma condenada á eternas frivolidades que la expresión de una belleza que lleva consigo cualidades tan envidiables como las que hacen de la encantadora damita una de las figuras más admirables de cuantas han desfilado por la galería de EL FIGARO.



SRTA. CONCEPCION LUQUE MARAVER.

La tumba del recuerdo



El sol incendiando el mar recogía sus últimos rayos para sepultarse con su aureola triunfal en el horizonte.

Las barcas pescadoras se alejaban de la costa y la voz gruesa del marino lanzaba al espacio su canción saturada de amargos dejos. Alguna que otra gaviota revoloteaba sobre la líquida llanura y el pesado alcatraz cerniéndose sobre su presa hundía, por última vez, su pico en las sardinas.

Fritz se paseaba por la playa y los más vulgares espectáculos de la puesta le enviaban efluvios conocidos y avivaban en su memoria el recuerdo de un eterno pasado.

Recordaba que una tarde como aquella, á la hora en que el pescador se aleja de la costa en su pesada barca y el alcatraz duerme y la gaviota da calor á su nido, Margot y él se habían jurado amor indeleble, infinito. Opresos saboreaban el deleite de su suprema dicha, mientras sus dos almas enamoradas se besaban en la serenidad del espacio.

No podía comprender en medio de la beatitud de los ensueños como *ella* y *él* habían podido olvidar aquellas compenetraciones y aquel juramento tan puro, como la sonrisa que idealizaba los labios virgíneos de la mimada niña....

Apesar de todo Fritz no le guardaba rencor y recibía con asomos de nostalgia el recuerdo que le traía desde muy lejos la marejada, recuerdo debilitado por la distancia y por el amor que había llegado á profesarle á Mery.

La noche abrochó su túnica. Miles de estrellas prolongábanse al infinito en el inmenso espejo de las aguas, y sólo se oía el rumor caprichoso de la ola al deflejar el encaje de sus espumas sobre las arenas de la playa.

De pronto percibió Fritz en medio del piadoso mutismo de la noche siete campanadas y se puso en marcha.

Iba pesaroso porque le había robado á su amada media hora.

Cuando llegó á casa de Mery ya se le habían borrado de la imaginación todos aquellos episodios.

—¿Por qué te has demorado?—le dijo Mery reprochándole cariñosamente.

—Tuve que ir al Cementerio,—le respondió Fritz, sin saber lo que decía, como una impremeditada disculpa.

—¿Al Cementerio! ¿Y á qué?

—¡Phs!.... fui, querida Mery, á regar unas cuantas flores sobre una tumba.

A Federico Uhrbach

CARLOS A. VASSEUR Y POO.

¡El porvenir!

El maestro Julio Rosas, al parecer muy tranquilo, tenía el alma en un hilo pensando treinta mil cosas; pues quería resolver, de conveniente manera, la insoportable arranquera que le impedía comer.

Torturándose el magín el infeliz no dormía, y pensando noche y día, se acordó de un tal Crispín, su amigo desde la infancia, que en un tiempo empobreció, pero Rosas le ayudó y hoy nadaba en la abundancia.

—¡Eureka! dijo el maestro—ya encontré la solución; lo que es desde esta ocasión no me faltará el *pan nuestro*; y loco de entusiasmo á Crispín fué á visitar, y casi sin respirar le dió cuenta de su estado.

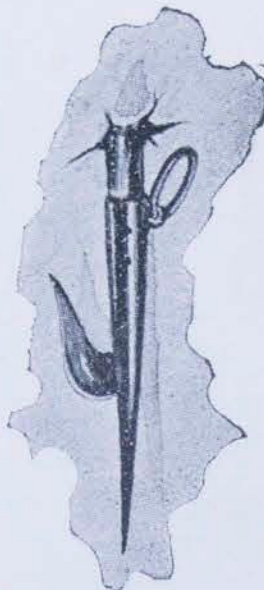
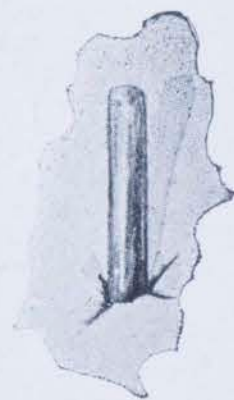
Así que acabó de oír el otro la relación, dijo: ¡ten resignación y fía en el porvenir!

Y estas frases de consuelo fueron para el pobre Rosas, otras causas poderosas para aumentar su desvelo.

En efecto, al mes cabal de tan angustioso instante, el maestro agonizante entraba en el hospital.

Por coincidencia del mundo, el tal Crispín visitó aquel asilo, y se halló frente á frente al moribundo; al ver su faz demacrada, sorprendido hasta el exceso, exclamó: amigo ¿qué es eso? y Julio le dijo:—nada, que pronto voy á morir pero no me da cuidado, ya ves, estoy resignado, y fío en el porvenir.

JUAN BARRAQUÉ.



CRONICA

La inauguración del Parque del Vedado ha sido un verdadero *sucess*.

A la lluvia que cayó en todo el medio día del domingo sucedió una tarde fresca, diáfana, provocadora de alegrías y placeres; una de esas tardes que abren el alma para las emociones del paseo y de la reunión al aire libre.

El parque muy concurrido. ¡Cuántas caras adorables y cuántas figuritas seductoras paseándose á través de la enarenada alameda!

La nota de la distinción prevalecía encantadoramente. Muchas damas de nuestra buena sociedad se reunían en el favorecido lugar luciendo las *toilettes* más sencillas y apropiadas.

Una tarde deliciosa. Más deliciosa aún, si al dirigir la vista por toda aquella hechicera conjunción se tenía la agradable sorpresa de encontrar, airosa y risueña como siempre, á una fascinadora japonesita que se la ve llegar en su carruaje todos los domingos como para depositar nuevas galas en el gracioso parque.

Ella es siempre una nota animadora. Impuso con su presencia diaria los bonitos paseos del Prado y es la favorecedora más constante y entusiasta de los domingos del Vedado.

El Parque del Vedado es una obra digna de todos los aplausos. Yo, que conozco las iniciativas desplegadas en este asunto por mi buen amigo Manuel Carranza, cumplo con una causa de justicia señalándolo á la simpatía de los vecinos de la pintoresca barriada.

Carranza ha sido el alma y la vida de ese proyecto. Un año y otro año año, venciendo inercias y adocenamientos, ha logrado que sus esfuerzos se resolviesen en la creación de una obra de ornato y embellecimiento que aumente los atractivos de aquellos poéticos contornos, con sus quintas circundadas de jardines, sus calles regularmente distribuidas, sus paseos poblados por las frondas de laureles y, como marco de inefables encantos en cuadro tan delicioso, la ancha y móvil extensión de las olas dilatándose en los confines de una playa siempre bella, alegre y amorosa.

La serie de domingos del Vedado es una de las promesas más simpáticas del verano.

Sobre todo ahora que se inauguran—á partir del próximo jueves—las reuniones semanales de la *Sociedad* y ya que también han llegado á un verdadero grado de lucimiento los bailes de los baños *El Progreso*. Para la reunión inaugural de la *Sociedad del Vedado* hay gran animación. La banda de *Santa Cecilia* tocará los straus y rigodones, estando encomendadas á una orquesta francesa las danzas.

Se reanudan de esta suerte aquellos jueves inolvidables de la temporada anterior que tuvieron como brillante epílogo el cotillón conducido por las distinguidas señoritas Mercedes Romero y María Antonia Calvo.

Ya han sido repartidos los recordatorios de los solemnes funerales celebrados en el templo de la Merced por los naufragos del *Reina Regente*.

Unánime ha sido el elogio en todos los labios para el artista que ha firmado la alegoría de la portada y fondo del triste *souvenir*. El FIGARO embellece estas páginas con los grabados de esos dibujos.

Esa firma es la de Antonio Jiménez.

Trátase de un exquisito del arte, tan valeroso como modesto.

Ha trabajado mucho y ha hecho mucho bueno. Si no es de los que *sueñan*, de los que corren de boca en boca, hay que atribuirlo á la especialidad de su carácter—enemigo del *bombo*—y á su género de vida—el retraimiento.

En la sala del *Unión Club* y en muchas casas de la Habana y de Madrid la firma de Antonio Jiménez está al pie de cuadros que son siempre celebrados por los peritos.

Los *carnets* del almuerzo en Palacio—cuando las caravelas—y los del baile de los nobles—cuando los Infantes—fueron pintados con tal maestría, delicadeza y gusto por el joven artista, que serán muy contados los que no conserven esos *carnets* como verdaderos cuadritos.

Esa alegoría de la portada en la tarjeta de los marinos es una obra de expresión encantadora. Es el símbolo más hermoso de la doliente historia que sólo saben los dos grandes testigos: el cielo y el mar.

No se ve barco alguno. En el dibujo sólo aparece un ángel que baja á dejar en la callada inmensidad del océano la palma y la corona del martirio. Grupo de gaviotas que cruzan cerca de las olas, y allá en los confines la tristeza misteriosa del ocaso, el sol que se hunde tras el horizonte, dejando copos de nubes negras en la soledad del cielo.

No es posible interpretación más fiel ni más sencilla.

Apasionado que soy por las delicadezas del arte, me satisface y regocija tomar la pluma para elogiar á un artista que ha hecho una obra delicada, y si ese artista es además un amigo, como lo es, y muy querido, Antonio Jiménez, luego de dejar la pluma acudo á estrechar su mano afectuosamente.

Además de la retreta en el Parque del Vedado, el *carnet* del último domingo tuvo páginas deliciosas con la *matinée* en los baños de Cojimar y

el *garden-party* en la Quinta Villa-Julia. La *matinée* muy animada. Tan animada que se considera como la mejor de la estación. *Remarque*: la señorita María Luisa Montalvo, la reina de la belleza de Guanabacoa.

La *tournee* por los jardines de la quinta del Sr. Pedro Hernández fué una *fête* que conservó ese sello adorable de las reuniones familiares.

A propósito de temporadas: En la playa, las tardes se deslizan encantadoramente. Hay siempre un programa para algún paseo por los alrededores ó á través de la rada.

El grupito es animado y bastante numeroso: Dulce María Rodríguez, Uldarica Alonso, María Ramírez, Catalina Rodríguez, las señoritas de





Dominguez, Enriqueta López, María Cepero y la graciosísima Nieves Pérez, capitaneadas por la espiritual Celia Cepero.

VIAJEROS

Para los Estados Unidos se ha embarcado la Sra. Da Concepción Baró acompañada de su hijo el Sr. Juan Pedro.

En la propia dirección ha salido el Sr. Springer, vice-cónsul de los Estados Unidos y Presidente del *Habana Yacht Club*.

El 16 sale en *La Navarre* el aplaudido cronista de *La Discusión* Sr. Francisco Hermida.

De París regresa á fin de mes el conocido joven *Pancho Montalvo*.

Pocas palabras bastan para relatar un acontecimiento, por grandioso que éste sea.

Para una boda, cuando ésta la ha presidido la más cautivadora de las simpatías, no he de escharbar en la hojarasca de mi prosa en busca de una frase ó en pos de un concepto.

Cuando dos seres tan dignos de todas las venturas como lo son la Srita. Pilar García y Fornaris y el joven Isaac Juara, acuden ante el ara y reciben la bendición de sus amores, parece que no debía ser necesario que el cronista amontonase frases en torno de una ceremonia que se traduce con una sola frase: la felicidad.

Y es que la felicidad, por lo mismo que es tan hermosa, resulta indefinible para todas las plumas.

Se ha abierto, tras la solemnidad de esa ceremonia, un hogar en el que brillarán las virtudes de la graciosa y bella joven que lleva en uno de esos apellidos el recuerdo de un poeta muy querido y también resplandecerán en el nuevo nido de amor las cualidades que siempre dieron nombre de caballeroso y correcto al simpático novio.

La ceremonia tuvo brillante celebración en el sagrario de la Catedral, figurando como padrinos el Sr. Tomás Juara y la distinguida Sra. Da Faustina del Pozo de Sabater.

Testigos: el Sr. Manuel Cubas, Gobernador del Morro, y el respetable y conocido comerciante Sr. D. Lutgardo Aguilera.

Al presentarse en el templo, hasta el altar, la novia fué seguida del más primoroso de los séquitos: de dos lindos angelitos, las niñas Lucrecia y Hortensia Aguilera, que llevaban la cola de la interesante Pilar.

Mis votos de felicidad—votos dictados por una afectuosa simpatía—para el hogar de Pilar é Isaac.

El viernes próximo, función del *Círculo Habanero* en el teatro de Albiu.

Chiffons.—Para los caballeros, la moda es también tornadiza y caprichosa.

En corbatas á cada momento hay una evolución.

Ahora la última novedad son una corbatas elegantísimas que acaba de recibir Pereda.

Pereda es una especialidad en el género. Su favorecido salón de Habana 71 es un centro de gran gusto.

Allí van los elegantes en la seguridad de encontrar corbatas del mismo gusto, estilo y *esprit* que las que tienen Charvet en París, Margetson en Londres, Tejada en Madrid y Newell en New York.

Y es porque el simpático y laborioso Pereda está en relación con las primeras casas de moda. Lo mismo en corbatas que en pañuelos, medias, etc.

Un vals que se ha hecho de moda: el vals Sarachaga.

Tenía para *réclame* su título, que es el nombre de un escritor de chispa y un caballero muy conocido en esta sociedad.

Para complemento, su autor, Antonio Peñes, ha dedicado el vals á la Sra. Serafina Gálvez, la elegante esposa de Sarachaga.

P. D.—En el próximo baile del *Casino* de Guanabacoa, la orquesta de Claudio Martínez tocará el precioso vals *A ti*, también de Peñila.

A su regreso de París, la familia del Sr. Demetrio Pérez de la Riva se instalará en la hermosa quinta que en el Tulipán poseían los marqueses de Santa Coloma.

Dicha quinta ha sido adquirida por el Sr. Pérez de la Riva.

Mi saludo de bienvenida—que es también el saludo de EL FIGARO—para el Sr. Juan B. Ubago.

El joven poeta, autor de tantas y tan delicadas *moléculas* como han desfilado por las páginas de este periódico, acaba de regresar de su viaje á la Península.

Un doble sentimiento de dolor y de sorpresa ha sido la muerte de la Sra. Mercedes O'Reilly, la noble dama que en el mundo de la aristocracia fué conocida por la Marquesa de O'Reilly.

Su vida puede cifrarse en asta frase: una peregrinación por el camino del deber.

¡Qué hermosa en ejemplos ha sido esa existencia que acaba de desaparecer! La que fué dama de preferencias exquisitas, no olvidó jamás, entre el brillo y los prestigios que la rodeaban, las penas y las angustias de los hogares desolados. A ellos acudió siempre con mano pródiga, dejando en palabras y en obras la dádiva consoladora.

En otra sociedad—entre extraños—el elogio de la honorable Marquesa ocuparía largos párrafos. En Cuba, donde se la conocía, se la admiraba y se la amaba tanto, ese elogio es innecesario.

Sus obras, evocadas por la gratitud del recuerdo, son el mejor epitafio de la tumba en que ha ido á dormir el sueño imperturbable de la muerte, la que fué entre nosotros la Sra. Marquesa de O'Reilly.



EXCMA. SRA. MARQUESA DE O'REILLY.

Otra boda muy simpática: la de la señorita Josefina López tan—bella y tan virtuosa—con el Sr. Arturo Lacazette, correcto y muy estimado caballero perteneciente al comercio de esta plaza.

La nupcial ceremonia se efectuó el viernes en el templo del Pilar ante un escogido concurso formado por familiares é invitados.

La novia, muy elegante. Su *toilette* sentaba adorablemente á sus naturales galas. ¡Para una rubia es siempre tan hechicero el traje de desposada!

Padrinos: la respetable madre de la novia Sra. Enriqueta Valdés viuda de López, y el Sr. Grás.

La dichosa parejita disfruta ahora en Matanzas de las caras y sonrientes dulzuras de la luna de miel.

El *Parzival* envía un saludo afectuoso á las cienfuegueras y santiagueñas favorecedoras entusiastas de la perfumería *Parzival*. Es el *Palo Gordo* de Cienfuegos y el *Palo Gordo* de Santiago de Cuba en cuyos salones recibe el *Parzival* al mundo elegante, brindándole sus excelentes perfumes en esencias, polvos, aceites, jabón y agua refrescante.

El *Parzival* es el producto de excelencia del Sr. D. Wm. Rieger Frankfurt proveedor de las Reales Cortes de España y Portugal é Italia. El *Parzival* obtuvo la medalla de oro en la exposición de Chicago con el diploma siguiente:

«Por el más alto grado y superior excelencia de las preparaciones exhibidas, por la delicadeza del perfume, por el elegante estilo y belleza con que han sido presentadas.»

Ha vuelto al seno de la sociedad habanera, donde cuenta con muchas y muy legítimas simpatías y donde su nombre se invoca siempre como muestra de la distinción y cultura de las damas cubanas, la elegante Sra. María Cay, esposa del distinguido General Lachambre. Mis cumplimientos á tan apreciables esposos.



Al pié de esta tarjeta, mi felicitación más cordial y más afectuosa. María, la hechicera damita para quien mi pluma ha sido invariable heraldo de su belleza, su gracia y su simpatía, celebra su fiesta onomástica el jueves, día de la Asunción de Nuestra Señora.

Felicidades para ella es un deseo casi inútil. Equivale á desear perfume á una rosa ó luz á una estrella.

Ese aroma y esa claridad son tan inherentes á la rosa y á la estrella, como la felicidad lo es á María Murias.

ENRIQUE FONTANILLS.

MATANCERAS

Para EL FIGARO

El sábado 3 ofreció á sus asociados el simpático Liceo, la tercera velada de carácter familiar, que resultó espléndida, no sólo por la

numerosa y selecta concurrencia que asistió, sino por lo variado que era el programa.

El primer número anunciaba un diálogo en prosa, original de Pepe... desempeñado por Panchito y Fico. En cuanto á la obra, nada debo decir sino que hizo reír al público. En cuanto á los actores, diré que desempeñaron sus papeles á satisfacción de todos, y muy especialmente del autor, que hizo le acompañaran en la escena cuando fué llamado, para compartir con ellos aquella muestra de benevolencia de que era objeto.

El segundo número estaba á cargo de la Srita. Dolores Müller, que con exquisito gusto cantó el gracioso vals de la zarzuela «Con permiso del marido». La Srita. Müller en medio de justísimos aplausos recibió del Sr. Director del Liceo, un precioso bouquet.

Después se puso en escena un chistoso diálogo compuesto por el Sr. Alvarez Armendariz, Director de la Sección de Declamación, interpretado hábilmente por los inteligentes niños Carlos Alvarez Ulmo, Arturo Aballí y José Luis Prado (hijo). Cuando este último apareció en la escena, fué recibido con tal risa, por parte del público, que apenas pudimos escuchar sus primeras frases. Tanto la obra como los interlocutores fueron muy aplaudidos.

La Srita. Müller y Adolfo Alvarez Ulmo, al compás del dúo de los paraguas, aparecen en las tablas. Ambos cantaron muy bien, y con muchísima gracia.

Por último, se bailó hasta la una.

El lunes cinco tuvo efecto, por fin, en el paseo de Santa Cristina, el torneo iniciado por varios jóvenes de esta sociedad. Fueron designadas madrinass las bellas y distinguidas Srtas. Hortensia Lima, Rosa Cuní Valera, Panchita Perez Vento, Ana Rosa Estorino, Julieta Caballal, Rosita Casanova, Josefita Castañer y Blanca Valera, las cuales premiaron á los vencedores con lujosas bandas en las que se leían adecuadas inscripciones. El joven Castro, y Manuel Jaime obtuvieron el mismo número de premios, por lo cual el primero cedió á su compañero el ramo, que fué entregado por éste á la Srita. Blanca Valera.

Terminó la agradable fiesta con un baile en la glorieta de los Campos Eliseos.

Mi respetable amigo, el inspirado y correcto poeta José Luis Prado, cediendo á las repetidas súplicas de sus numerosas amistades, ha resuelto publicar para fines del presente, un tomo de versos, que se titulará «Matanceras».

Deseo que muy en breve se agote la edición, que de seguro colocará al Sr. Prado á la altura que merece.

El periódico «La Región» ha abierto en sus columnas un certamen en esta forma:

«¿Cuál es la señorita más simpática del Liceo?»

Por ahora, sólo hay lucha entre los jóvenes. Para el próximo número, daré á conocer el estado del escrutinio.

MARTO.

Ruego

ROGAMOS á nuestros amigos y agentes del interior y á cuantas personas nos honren con su correspondencia, tanto la que se dirija al director como al administrador de este periódico, se sirvan suprimir en el sobre las señas de nuestro domicilio, escribiendo sólo las del *Apartado de Correos 369*.

Abanico "Imperio"

El abanico *Imperio*, se ha impuesto entre las damas de buen tono. El otro abanico, el antiguo, el japonés, huye avergonzado, corrido, ante la aparición de su competidor, el incomparable, el elegante abanico *Imperio*, importado por Carranza, que conoce el gusto de la mujer cubana.

El abanico *Imperio* impera y navega viento en popa.

El abanico *Imperio* viene de París y su propósito es derrotar en toda la línea á su rival, el abanico japonés, precisamente en los momentos en que el Mikado ha logrado una victoria tan completa sobre los ejércitos del gran imperio chino.

El japonés venció con las armas y perdió con la moda.—Hay mil formas distintas, todas caprichosas, todas elegantes.—Pídase el abanico *Imperio* en



La Complaciente
Habana 100

La Especial
Obispo 99

El Japón
S. Rafael 13